

## FEIJOO Y EL DESCUIDO DE ESPAÑA (\*)

«El descuido de España lloro, porque el descuido de España me duele.» Al secar la tinta con que escribió estas palabras, Fray Benito Jerónimo Feijoo da cabo a una empresa intelectual de insospechadas consecuencias. Con esta fórmula, breve, precisa y feliz, se abre en nuestro pensamiento un tema que va a prolongar su preocupación hasta ayer, hasta hoy mismo.

En coincidencia casi literal de expresiones, se nos viene a la mente el desgarramiento de Unamuno, «me duele España», y la voluntad de perfección de José Antonio, «amamos a España porque no nos gusta». En desarrollo temático de contenido se nos presenta ayer mismo —o aún todavía— la polémica sobre el problema de España y si la España es sin problema.

El corazón de la cuestión está en esas dos palabras, «me duele», que estampó la pluma de nuestro fraile. Nada de esto encontraremos en el barroco. La lamentación del barroco es una lamentación desgarrada y sombría, pero sin dolor. La risa hipocondríaca de la picaresca, las deformidades de los enanos velazqueños, los embrujamientos de la corte carolina, el pesimismo más hondo de los pensadores, como, de otro lado, la arraigada confianza en la verdad espiritual, el ascético desdén de las vanidades de este mundo o la convicción apologética de la propia razón, nada de esto, digo, arguye dolor. España se deja morir o reafirma altaneramente su superior vida como anestesiada. Exactamente como en sueños, en el sueño de la vida que es tema recurrente y central de la época. Entonces, Fray Benito Jerónimo Feijoo escribe «me duele». En este grito de dolor, tan lejano del lamento o la apología, se contiene una actitud nueva. De pronto, el mundo, el mundo alrededor de la realidad española, adquiere sustantividad propia, bien distinta de la visión de *La Vida es Sueño*.

Al despertar del sueño, esto es, de la anestesia, hay una realidad dolida y doliente cuya prolongada presión nos impulsa a revolvernos, a quejarnos y a hacer algo por acallar el dolor. Si hay descuido, y este descuido es dolor, se exige, de inmediato, el cuidado. El cuidado, los cuidados, son el fin a que se

---

(\*) El texto de este artículo es parte de un trabajo titulado *Problema y esperanza de España en Feijoo*.

endereza la confesión de dolor, esto es, la crítica. Me duele, luego necesito cuidado.

Por más de dos centurias una atmósfera clínica, de jarabes y emplastos a las veces, quirúrgica otras, rodea el tema de España. Al punto que se ha llegado a pensar si la constitutividad misma de España no será su patología. Como esos enfermos que nos presenta *La Montaña Mágica*, que han hecho razón de su vida, no ya la vida misma, sino su enfermedad, se apunta si España no será su problematicidad misma, que se explicita en dramática incapacidad de convivencia, de proyección y de acción común.

Frente a la España así constituida «como problema», surge, mitad reacción y mitad apología, el arbitrio de la España sin problema. Cortando por lo sano, a la problematicidad, que a veces amenaza disolución, se opone una alegre y confiada resolución. Un pensamiento español se afirma, harto de dolor y más harto aún de emplastos y cirugía, que decide decretar la salud de España y la cesantía de los doctores. España y yo somos así, decide finalmente la España sin problema como el héroe de *En Flandes se ha puesto el sol*.

Pero este «así», por más que se esfuerza la energía de la inteligencia y el brío del corazón en construirlo firme, cerrado y afirmativo, como una atalaya mental segura, sin brecha a la heterodoxia, tiene siempre, y a pesar de todo, un portillo por donde se insinúa la vieja voz del benedictino y toda su herencia espiritual. «Me duele. Me duele.»

Pues, qué, ¿habrá que rendirse a la evidencia de la problematicidad? ¿Habrá que acomodarse a una perpetua dieta de sanatorio? La realidad, que sugirió hace siglos el pensamiento de la crisis nos obliga hoy a escuchar la presión de la esperanza. Precisamente un conocimiento hondo del timbre y la voz que decía ayer me duele, nos obliga a advertir que el dolor de que hoy podemos quejarnos es bien otro. No es dolor de puñalada o de lancetazo, sino dolor de cicatrización y convicción de salud. He aquí la máxima utilidad de entrar, una vez más, en el problema de España, al ver cómo tiempo al tiempo, y por sus pasos contados, la espera se va convirtiendo en esperanza. Del problema a la esperanza, esta es la órbita que el observador atento y sereno ha de advertir en la estrella española. Aunque quizá esta órbita, y fuerza es también confesarlo, no tenga nada que ver con el confiado geocentrismo de la aproblematicidad.

Esta convicción luminosa de la esperanza, que si esperanza y no simple espera, es porque no sólo consiste en esperanza, sino en gozo ya y posesión del haz de posibilidades que nos abre el futuro, significa, por tanto, la orientación esencial de nuestra aguja de marear. Sólo un humor atrabiliario podría cerrar hoy ojos y oídos al abrirse prometedor de los horizontes, a la brecha que se quiebra en el muro de la dramática ex incapacidad española de convivir.

Y, no obstante, nuestra esperanza y nuestro logro irían mal asentados si los anclásemos en el falso y los bajíos de un puro entusiasmo apologético, desconociendo la compleja realidad de donde han surgido. Precisamente la esperanza surge del problema, y por cierto que nuestro paso de hoy no es el paso mostrenco del ocioso y feliz caminante, sino el paso atlético y esforzado del deportista avezado a los saltos y caídas o, mejor aún, el avanzar firme a la vez y cauto del soldado curtido en batallas, ataques y asaltos.

Del problema de España, que no cabe ignorar, y olvidar menos, brota en prometedor contraste la esperanza de la gente española. Por eso, el sereno análisis y revisión de los esfuerzos y debatimientos de la crisis problemática española, son el planteamiento adecuado para la resolución esperanzadora. Nuestra empresa es empresa histórica, y, como en su Discurso del Teatro Crítico, titulado «Reflexiones sobre la Historia», escribía el Padre Feijoo, en historia «la mayor arduidad está en acertar con lo que más importa; esto es, con la verdad» (1). Ciertamente que en buena teología paulina, la verdad, ello, es la verdad de la fe y las obras, constituye el fundamento de la esperanza. También la esperanza del quehacer colectivo reside en el acrisolamiento de la verdad del quehacer que fué. Si la historia con vocación de futuro —no sólo arqueología momificada— ha de hallar las razones de la esperanza, sólo encontrará razón en la verdad. Porque sólo la verdad y la sinceridad con nosotros mismos puede construirnos, si no una metafísica —que fuera por ventura tarea demasiado ambiciosa—, al menos una voluntad de España.

Apasionado de la verdad es, por cierto, Feijoo. En su carta erudita contra la respuesta de Rousseau al tema propuesto por la Academia de Dijon, carga así de pasión su razonado estilo: «Porque no tengo ni tendré jamás por hombre de buen entendimiento al que en lo que escribe o discurre, no aspira a descubrir la realidad de las cosas. La verdad es tan hermosa, y la mentira tan fea, que el que tiene la vista intelectual tan aguda, que percibe con toda claridad la belleza de la una y la deformidad de la otra, creo que, aún esforzándose a ello, no podrá volver la espalda a la primera para abrazar la segunda» (2). Y la pasión total de la verdad la aplica minuciosamente al criterio histórico advirtiendo y cautelando sobre los partidos que pueden desviar la verdad de la

(1) *Theatro Crítico Universal...* Escrito por el Rmo. Padre Maestro Fr. Benito Feijoo Montenegro. Tomo IV. Discurso VII, Parágrafo VIII, párrafo 19. Tercera impresión. En Madrid, en la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. Año de M.DCC.XXXVII, pág. 175.

(2) *Cartas Eruditas...* Escritas por el Muy Ilustre Señor Don Fray Benito Geronymo Feijoo. Tomo IV. Carta XVIII. Párrafo 2. Segunda impresión. En Madrid, en la Imprenta de Don Eugenio Bieco, frente de la del Papel Sellado, calle del Barco. Año 1754, página 222.

historia. Por cierto, y ello es de notar en el fraile, señala específicamente que «el partido de religión no es menos eficaz que el nacional, antes mucho más, para desviar la verdad de la historia. Horroriza las imposturas con que algunos historiadores protestantes manchan...», y añade también esta saludable advertencia: «Como la religión verdadera no es incompatible con el indiscreto celo contra los enemigos de ella, no pocos historiadores católicos cayeron en el mismo vicio» (3).

Vicio contra la fecundidad de la historia y su proyección de futuro es, sin duda, este que llama Feijoo celo indiscreto. No, no neguemos el problema de España, que asienta la esperanza de España. Clarividencia fué la de Menéndez y Pelayo al advertir el interés y el valor de una historia de los heterodoxos españoles. No ceguemos los ojos a la existencia de los heredoxos, que ya San Pablo nos advertía cómo incluso conviene que los haya: «Oportet et haereses esse» (4).

Pero tampoco nos rindamos al partido de los problemistas sin más. Porque si es cierto que en España hay problemas, ya no es tan claro que el problema constituya la onticidad, como si dijéramos la esencia metafísica de España. No se ve claro que haya que considerar a España como problema, aunque de cierto hay que considerarla con su problema. Más bien el problema de España está fundamentado en la potencia energética de la realidad española: Problema hubo en España, o hay, no tanto como patología cuanto como crisis de crecimiento o manifestación de energía histórica. Energía derrumbada por torren-teras muchas veces, como agua desbocada, pero energía al fin, o agua; que-remos decir esperanza de riquezas y exigencia de represa y canalización.

Fundado, sustentado en el fundamento de España está el problema de España. El fundamento de España lo llamamos tradición. Claro que no el simulacro hierático y polvoriento, el aparato institucional que veneran algunos por tradición. Esa tradición no es sino imagen y representación de la tradición auténtica, que no es caparazón, sino vida; ni atadura, sino impulso; ni madera y palo, sino tensión espiritual, mística encendida y fuente de gracia y energía. Por ello, el problema de España no se configura como la contradicción con la tradición española, sino como la peripecia crítica de esta tradición en la historia, en búsqueda de expresión al nivel del tiempo. Y así, la tradición, no

(3) *Theatro Crítico Universal...* Escrito por el Rmo. Padre Maestro Fr. Benito Feijoo Montenegro. Tomo IV. Discurso VIII. Parágrafo XI, párrafos 30 y 31. Tercera impresión. En Madrid, en la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. Año de M.DCC.XXXVII, págs. 180 y 181.

(4) «Nam oportet et haereses esse, ut et qui probati sunt, manifest i fiant in vobis.» I Corintios XI, 19.

será nostalgia del pasado, sino fundamento de la empresa del presente y del futuro.

Lejos, sin embargo, de estas consideraciones, la sugerencia de un espíritu de vaga genialidad sin precisión ni concreción. La energía histórica sólo se manifiesta en obra histórica. La tradición, si es algo, es exigencia de quehacer. Por ello, este quehacer, que ha sido por mucho tiempo problema de España —y aun desbordamiento de España— reclama ya una resolución española. Resolución que desde su planteamiento problemático sólo puede desatarse en labor. España entonces no se estructurará como problema, ni aún siquiera como esperanza. España se asienta en su fundamento y se resuelve en su labor, en el trabajo y en el proyecto común de los españoles. Fundamento y labor, tradición y empresa españolas forman la realidad estructural en la que se incluye no con categoría constitucional, sino como acicate que abre los nuevos horizontes de la esperanza, la crisis problemática de España.

#### ILUSTRACIÓN Y DESPOTISMO

El pensamiento del siglo XVIII ha sido demasiado olvidado al plantear la problemática española. Y hasta quizá por esto el problema de España hubo de adquirir en su planteamiento teórico carácter envenenado. Entre los que se plantean España como problema a partir de la polémica de la ciencia española y aquellos que quisieran enlazar con la tradición del XVII directamente, hay un peligroso vacío que casi ahoga el sonido de las palabras e impide el diálogo. Precisamente el vacío del siglo XVIII, que unos y otros olvidan o tratan sumariamente. Sánchez Agesta y algunos pocos más atendieron a este vacío; pero tentados quizá por un excesivo rigor intelectual o por una modestia no menos excesiva, no se decidieron a introducir su hallazgo como fulcro de la cuestión. El siglo XVIII, entonces, reclama tanta atención especial cuanto olvido ha sufrido. Y, desde luego, en el siglo XVIII todo el haz esencial de pensamiento se encuentra en el repertorio crítico de Feijoo.

En el panorama del pensamiento y la cultura española la crisis revelada por Feijoo origina en su obra una doble línea de resolución. El ánimo y espíritu de la obra toda, pero muy en especial los discursos del *Teatro Crítico*, titulados: «Amor de la Patria y Pasión Nacional» (5), «Guerras Filosóficas» (6),

---

(5) *Theatro Crítico Universal*... Escrito por el M. R. P. M. Fr. Benito Geronymo Feijoo. Tomo III. Discurso X. Cuarta impresión. En Madrid, en la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. Año de M.DCC.XXXVII, pág. 212.

(6) *Theatro Crítico Universal*... Escrito por el M. R. P. M. Fr. Benito Geronymo

«Mapa intelectual y Cotejo de Nacional» (7), «Reflexiones sobre la historia» (8), e indirectamente las llamadas «Glorias de España» (9), así como en las *Cartas Eruditas*, que titula «Causas del atraso que padece España en orden a las Ciencias Naturales» (10), «Impúgnase un temerario...» (11) y «De la Crítica» (12), queda patente la estructura de esta dúplice solución propuesta.

Dentro mismo de la cultura española y de su sentido intelectual, el benedictino se decide por una vigorosa crítica que limpie nuestra tradición cultural de excrecencias, mitos, errores, engreimientos nimios y prejuicios envejecidos. El giro esencial de esta actitud lo constituye la introducción de la luz de la razón en la rica, pero polvorienta y oscura, bodega española. La razón, sujeta desde luego al superior juicio religioso, pero valientemente erigida contra lo que es sólo rutina, vejez, prejuicio. Frente a la repetición de los errores por viejos frente al recelo de toda novedad, abre liza la inteligencia serena y luminosa. La otra línea de la actitud mental que instaura Feijoo se constituye por la apertura al universalismo cultural.

Y he aquí que al punto surge el problema, el verdadero problema, quizá el problema más hondo que aún perpetúa su mordedura en la actualidad española. Resulta inútil que el Padre se atenga con exquisito cuidado a la ortodoxia dogmática. Vano es que cada gota de su tinta empape el papel de serenidad, tolerancia, buen juicio, medida. Ni su condición monástica y sacer-

---

Feijoo: Tomo II. Discurso I. Cuarta impresión. En Madrid, en la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. Año de M.DCC.XXXVI, pág. 1.

(7) *Theatro Crítico Universal...* Escrito por el M. R. P. M. Fr. Benito Geronymo Feijoo. Tomo II. Discurso XV. Cuarta impresión. En Madrid, en la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. Año de M.DCC.XXXVI, pág. 269.

(8) *Theatro Crítico Universal...* Escrito por el Rmo. Padre Maestro Fr. Benito Feijoo Montenegro. Tomo IV. Discurso VIII. Tercera impresión. En Madrid, en la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. Año de M.DCC.XXXVII, pág. 165.

(9) *Theatro Crítico Universal...* Escrito por el Rmo. Padre Maestro Fr. Benito Feijoo Montenegro. Tomo IV. Discurso XIII y XIV. Tercera impresión. En Madrid, en la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro. Año de M.DCC.XXXVII, págs. 320 y 368.

(10) *Cartas Eruditas...* Escritas por el Muy Ilustre Señor D. Fr. Benito Geronymo Feijoo y Montenegro. Tomo II. Carta XVI. Nueva impresión. Madrid, M. DCC.LXXIII. Por Pedro Marín; pág. 215.

(11) *Cartas Eruditas...* Escritas por el Muy Ilustre Señor Don Fray Benito Geronymo Feijoo. Tomo IV, Carta XVIII. Segunda Impresión. En Madrid, en la Imprenta de Don Eugenio Bieco. Año 1754. pág. 221.

(12) *Cartas Eruditas...* Escritas por el Muy Ilustre Señor D. Fr. Benito Geronymo Feijoo y Montenegro. Tomo II. Carta XVIII. Nueva Impresión. Madrid, M.DCC.LXXIII. Por Pedro Marín, pág. 239.

dotaj, ni su sólida formación teológica y filosófica, ni su erudición inmensa, ni el amplio y certero conocimiento del globo intelectual de su tiempo, serán bastantes a defenderle de la mordedura. Publicado apenas el tomo tercero del *Teatro Crítico*, en 1729, aparece una obra con el significativo título de «Anti-teatro Crítico», donde se ataca, con la virulencia acostumbrada en los polemistas reaccionarios, al benedictino.

Desde aquí, la polémica irá creciendo en extensión e intemperancia hasta que Soto Marne introduzca la maligna insinuación de herejía contra Feijoo. La «afección heretical» que Soto Marne, como perro de caza, ventea en el monje, culmina la amargura de los ataques injustos contra Feijoo. Hubiera sido nuestro monje menos sólido en su ortodoxia y menos sereno en su temperamento, y fácilmente la pasión de la polémica le hubiera llevado al extremo contrario de sus opositores. Quizá, incluso, una iracundia de justo origen le hubiera repelido fuera de los límites de esa misma ortodoxia.

Menester es reflexionar aquí un momento, porque el que Feijoo logró salvar ha sido después difícil escollo donde ha naufragado más de una vez la actitud bienintencionada. Tan humano es el sentido de revancha ante un ataque injusto, tan amarga la sensación que produce la incomprensión y la mala fe de los que se erigen en enemigos, que no todos los ingenios supieron guardar la temperancia de Feijoo. El problema de la extremosidad, a saber, la peligrosa facilidad del genio español para pasar del diálogo a la gritería y al insulto, son por desdicha cuento viejo. Y muchas veces el espectador atento de la polémica se verá forzado a reconocer que es la intemperancia militante del reaccionario, sobre todo, la fuente del daño y envenenamiento de una actitud generosa, serena y limpia a su comienzo; amargada y enfurecida a la postre. Cuántas de nuestras heterodoxias han sido fabricadas por esos afanosos cazadores de herejías cuyo desorbitado celo les constituye en embajadores plenipotenciarios de la Divinidad, aún sin cartas credenciales.

La violencia e intemperancia de los reaccionarios, la inveterada pereza mental de una casta de gentes idólatras de la costumbre, la virulencia de genio de los que por no tener razón gustan poco de oír la hablar, son en el caso de Feijoo ejemplo y aviso. Trágica profecía de lo que un día maduraría en no menos trágica realidad con la división enconada y ensangrentada de los españoles. La evolución normal y sin coerciones de la actitud serena de Feijoo, de haber quedado arraigada, suprimiera sin duda el peligroso y desequilibrado vaivén de nuestro pensamiento y de nuestra acción.

Al margen de la temática esencial del pensamiento de Feijoo, configurado como liza contra la rutina, se orillan algunas consideraciones de índole formal. Se trata, por cierto, de un aspecto interesante de la presencia del pensamiento de Feijoo en la historia. Y apenas se recoge como de pasada, sin atenderle

nunca en el sentido pleno de su significación. Se recuerda a Feijoo. Su moderación, su temple sereno, su erudición inmensa. Se perfila su figura en la polémica, alzándose por sobre los ataques intemperantes de sus enemigos, pero no siempre se recuerda que la serenidad del benedictino se vió completada por una acertada intervención del poder político.

En Real Orden de 23 de junio de 1750, Fernando VI indica cómo «Quiere Su Majestad que tenga presente el Consejo que por cuanto el Padre Maestro Feijoo ha merecido a Su Majestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarlos y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlos». Indiquemos de paso cómo una censura inteligente, manejada por un poder político firme, pudo evitar el estallido hosco de una situación que más adelante, huérfana la sociedad de este poder político, se transformó en una de las más espantosas sangrías que recuerda la historia de los pueblos civilizados.

Se viene a las mientes del pensar que el poder político no debe estar tan ajeno como algunos quisieran de las empresas culturales. Y más aún, cómo no es exacto el que el poder político constituya por necesidad en ellas un mero elemento conservador. Algún intelectual fanático hubiera quizá visto con gusto la impresión de las necesidades reaccionarias de los enemigos de Feijoo y aún el avance en cien años de las desdichadas luchas civiles del XIX por sacrificar al ara idolátrica de una mal entendida libertad de imprenta. La consideración del curso histórico parece aconsejarnos mayor prudencia. La cesación de esta polémica que pudo ser matriz de las disensiones españolas, realizada sin detrimento alguno del avance de las luces, nos lo abona, siempre y cuando, claro está, y con la condición inexcusable de que toda intervención política sea auténticamente «ilustrada», y no sólo en el nombre o en la pretensión.

En el pensamiento estrictamente político, también Feijoo proporciona el tono fundamental del tiempo nuevo. Siempre por cierto con aquella serenidad de actitud que hemos admirado. En modo alguno, y por más que a ello pudieran inclinarle las acrimonias de la polémica, se sitúa en una posición unilateral. Si la tradición del siglo XVII no la considera aceptable por el solo hecho de ser antigua, tampoco —y a pesar de la torpeza de sus defensores— la considera menospreciable por esta sola razón. En contraste con otros pensadores del XVIII, menos templados, el benedictino examina la tradición y la atiende o desecha según su valores vivos. En decidida contradicción con los sueños —casi pesadillas— heroicos del XVII, se siente profundamente inclinado a la paz, al trabajo sereno, a la cooperación y entendimiento de las gentes. Ello no le impedirán heredar nuestra gloriosa tradición jurídica de los siglos de oro y defenderla y revivirla en formas nuevas contra el absolutismo



despótico que se impone como teoría política fundamental en el siglo de las luces.

En punto a reformas, su actitud es del mismo temple. Sentado el criterio esencial de honor al trabajo, atiende con cuidado a la calidad de las reformas y a su posibilidad, sin defender lo nuevo por el hecho de oponerse a lo antiguo, ni la rutina por la sola razón de su longevidad. De sus afectos y seguidores le distingue el entusiasmo demasiado que alguno de éstos pondría en un racionalismo puramente reformista —piénsese en el plan «more geométrico» de caminos y carreteras elaborados por Sarmiento—. Cuando Feijoo se ocupe de estudios, de cuestiones económicas y laborales, de agricultura, de justicia y administración, siempre advertiremos el marchamo de la serenidad y sentido de la realidad. Su influencia sobre Campomanes, Cabarrús, Jovellanos, la traducción legislativa literal que a veces se da a sus consejos, nos mostrarán esta misma constante.

Así, la figura de Feijoo, sobre la turba olvidada de sus enemigos, Mañer, Soto y Marne, Suárez de Ribera, Marcos Tronchón, Bonamich, Aquenza, etcétera, y aún sobre sus más inteligentes defensores como Fray Martín Sarmiento y el Padre Isla, se eleva egregia como un hito ejemplar y una esperanza reverdeciente, aunque truncada, de una España laboriosa, firmemente orientada en la senda del esfuerzo y la empresa.

Y nadie puede considerar meramente ocasional el que este esfuerzo y esta empresa, en el nacimiento de la nueva actitud española florezcan en estrecho maridaje con los impulsos del poder político. Toda la sombría problemática del liberalismo, atrincherada de recelos, no puede ocultar el hecho histórico de que el giro hacia una España joven, incorporada al ritmo de la actualidad, tiene su nacimiento en una ejemplar colaboración entre la inteligencia y el poder. Al punto que los atributos menos atractivos del poder, como la censura, constituyen significativamente, al nacer la época nueva, la más eficaz protección de la renovación intelectual. Por ventura en esta relación de inteligencia y poder, de estudio y acción, de pensamiento y proyección eficaz, se encuentra el secreto resolutivo de tantos tanteos y angustias. Y, por ventura, también la transformación del problema de España en labor de España se irá logrando en la medida en que este espíritu enraizado en los primeros intentos de enderezar el rumbo de España, gobierne el pulso del nuevo pilotaje.

FRANCISCO EGUÍAGARAY

